

**Esta es mi Historia**

# "LILA, NO ME FALLES: ES UNA ORDEN"

**E**STA es la narración de cómo una mujer dedicó su vida a la lucha contra la tiranía, de las persecuciones y los martirios sufridos a manos de los esbirros de Batista y es también la historia de un gran amor.

Me la contó ella misma, una vez terminada aquella pesadilla que parecía no tener fin. Me la contó con voz cálida, serena y tranquila en la que a veces, pese a su auto-

**Y así Orlando Nodarse partió, voluntariamente, de una vida en que había hallado amor.**

UNA ENTREVISTA DE

**Luis Rolando Cabrera**

FOTOS DE "PACO" ALTUNA



La entrevista se enhebró rápida. Angela Alonso es una mujer de palabra fácil, de formación universitaria que sabe encontrar el calificativo justo y la expresión apropiada para dar salida a sus pensamientos. Y como si desgranara las cuentas de un largo rosario cuenta al reportero —pendiente de sus labios— sus trabajos, sus luchas, sus dolores, su amor.

control, se notaba la presencia de un gran dolor, el de haber perdido para siempre al hombre amado.

La protagonista de esta historia se nombra Angela Alonso González. Nació en La Habana un día 15 de enero. Es precisamente la fecha en que hablamos, que es, por lo tanto, la de su cumpleaños. ¿Cuántos? Ella nos lo dice, pero después, mujer por sobre toda otra cosa, nos pide que silenciamos ese detalle. Angela es pequeña, trigueña, menuda, pero ese cuerpo minúsculo resistió valientemente las peores torturas y las vicisitudes de la vida de campaña.

Su vida hasta 1952, fue la de tantas otras mujeres cubanas. Estudió, se graduó en la Escuela de Servicio Social de la Universidad

habanera; se enamoró, se casó, fue madre. Después vino el divorcio; la vida dedicada plenamente a su trabajo y a su hija.

Pero advino el golpe de estado con que Batista inició sus siete años de dictadura. Angela —amante de la justicia y de la verdad— sintió en el fondo mismo de su ser que todo cubano digno debía hacer algo por echar al tirano, por sacudirse el yugo oprobioso fraguado en Columbia aquella madrugada gris. Pero no fue hasta después del 26 de julio del 53 que sus ansias de liberación hallaron cauce en que orientarse y manifestarse. Surgió después el Movimiento 26 de Julio y ella fue de las primeras en enrolarse en las filas de lo que juraban obtener

la libertad o hallar la muerte en la demanda.

Su trabajo en el "Calixto García" le proporcionaba la manera de conseguir ácido sulfúrico con que los "muchachos" elaboraban bombas de clorato que iban después a colocar en distintos lugares de la ciudad para que el dictador supiese que el pueblo estaba alerta y dispuesto a todo.

Ya, desde entonces, comienza para Angela una nueva vida. Todo lo anterior: noviazgo, estudios, matrimonio, divorcio, quedaba en las páginas de la historia, pertenecía casi a otra persona que no era ella. Su vida se centró en la lucha revolucionaria y se entregó a sus nuevos deberes con la misma devoción que antes se preocupaba por el ejercicio de su profesión.

Así fue como se ligó con los "muchachos" de Pinar del Río. Estos, por sus compañeros de La Habana, conocieron a la joven que les proporcionaba "materiales para los trabajos" y se pusieron en contacto con Angela.

—Los hallé —dice— tan idealistas, tan puros que pronto trabajé con ellos más que con los demás.

**Orlando Nodarse Verde**

Y al ubicarse, ya definitivamente, entre los revolucionarios de la más occidental de nuestras provincias, Angela conoció y trató al comandante Orlando Nodarse que estaba al frente de la organización. Era un muchacho apenas, pero tan responsable, tan digno, tan honesto que Angela sintió por su jefe una gran admiración. Durante año y medio trabajaron unidos sin más relación que la de compañeros. Pero un día, ella descubrió que estaba enamorada, que aquel hombre llenaba plenamente sus ansias espirituales, que el amor —que ella creía desterrado para siempre de su corazón—, había vuelto a florecer.

Y tuvo la dicha inmensa de saber que era querida, que él la amaba con la misma ternura que ella sentía por el que ahora, siendo su comandante, era además su amor, su gran amor.

—Pero sabíamos esperar —dice con un leve temblor en la voz. Pocas, muy pocas veces planteamos nuestro problema personal.

Sabíamos que no teníamos de-

recho a hablar de amor y de felicidad cuando no éramos dueños de nuestras vidas, cuando a cada momento teníamos que exponernos en el desempeño de cualquier misión.

Y Angela habla de Orlando. Lo hace con verdadera unción. "Era —dice— un hombre superior, mezcla de apóstol y de guerrero, valiente y decidido pero en otras cosas muy medido y en todas muy moral."

—Fíjese usted —agrega—, que en cierta ocasión dormí, traté de dormir, en un parque, porque estando perseguido, no tenía dinero suyo para pagarse un hotel. Y sin embargo, tenía en los bolsillos quinientos pesos que pertenecían a la Revolución. Claro está, que por el temor de que le robasen apenas pegó los ojos en toda la noche. ¡Así era él de honesto!

Por dos veces cayó preso Orlando Nodarse a quien buscaban afanosamente los esbirros de la provincia. La primera vez le encontraron partes de una granada, pues él aleccionaba a sus compañeros en el manejo de las mismas; gestiones continuadas de amigos y abogados lograron entonces su libertad.

La segunda ocasión le llevaron a la jefatura del regimiento en Pinar del Río; le habían hallado una pistola encima y sus captores se empeñaron en que denunciase los planes de la jefatura nacional en que delatase a sus compañeros. Pero las más crueles torturas no doblegaron aquel espíritu de acero y Orlando salió de la prueba destrozado pero con honor. Las contradicciones de policías y soldados en el acto del juicio, fueror aprovechadas por su abogado y salió en libertad.

Pero Orlando Nodarse había sufrido mucho. "Tanto —dice Angela— que tuve que llevarle a doctor Ramírez Corría, pues sentía terribles dolores de cabeza. E especialista diagnosticó que padecía amnesias y hasta ataques epilépticos. El procedimiento para tratarle era dolorosísimo ya que le ponían inyecciones en el cráneo con un trepanador."

—A veces —agrega—, parecía un Cristo crucificado. La sangre le corría por la frente, pero él jamás abandonó sus actividades a las que se había entregado totalmente.

En ese momento de la charla se interrumpe brevemente, para quitarse uno de sus zapatos de calle, de alto tacón. Y, excusándose dice con una sonrisa:

—Estoy tan acostumbrada a las botas que apenas si resisto los zapatos.

Ya más cómoda, continúa el hilo de su relato contándonos cómo Nodarse la enseñó, primero a armar y desarmar pistolas y ar



mas largas, y después a manejarlas, ya que en diversas ocasiones, cuando hacían trasiego de armas de La Habana a Pinar del Río, sabían que si los detenían en la carretera no podrían parar sino que habría llegado —como a veces llegó— el momento de jugarse la vida.

#### La mañana trágica

En las Navidades de 1957, Orlando y su grupo, siguiendo los lineamientos de la dirección nacional, habían envenenado por medio de pastillas a las que se agregó un tóxico mortal, a numerosos animales cuyas carnes se consumen pródigamente en las cenas de Nochebuena y fin de año. Algunas de ellas les sobraron y él, tranquilamente, se las guardó en un bolsillo del jacket y dijo a Angela:

—Mira Lila —comúnmente la llamaban así— éstas son para mí, para la próxima vez que me agarran. Nadie me pondrá una mano encima.

Ella calló; no tenía palabras para responder. Sabía que era inútil discutir; que él había tomado una decisión y que la llevaría a cabo. Pero en el fondo de su corazón se hizo la determinación de que si él lo hacía, ella le acompañaría; que una de aquellas pastillas sería para ella.

Por eso no le dijo nada. Por eso, se limitó a dejar unos momentos su mano diminuta entre las recias y varoniles de él.

Vivía ella entonces en la calle O'Farrill 213, sola con su hijita, Elena y una sirvienta. Allí estaban pasando unos días dos compañeros revolucionarios orientales que

gestionaban en La Habana la entrega de ciertas armas. Orlando iba poco por el apartamento. Y Angela lo explica:

—Pese a que mi mayor dicha era verle, no podía olvidar que yo era una mujer divorciada, y que tenía una hija. Por esos motivos tenía mucho cuidado de no recibirle, más que en contadas ocasiones, cuando había alguien más presente.

Por eso, aquel 20 de enero, aprovechó la presencia en su casa de Agustín Navarrete, "Alberto" para la Revolución y de su señora, para convidar a Orlando a almorzar; después saldrían todos en busca de las pistolas que Navarrete debía llevar a Oriente.

El reportero quiere conocer todos los detalles de lo sucedido en esa mañana trágica y pide excusas a Angela por hacerla recordar cosas que, necesariamente, tienen que dolerle muy en lo íntimo.

Ella se pasa la diestra por el cabello negrísimo; la aprieta después contra la siniestra, como si apretase así sus recuerdos y sus penas. Se toma unos segundos de respiro y agrega:

—No tema, no lloraré. Lo he contado ya tantas veces que ya me voy acostumbrando a hacerlo sin que la emoción me domine.

"Ya él había llegado a la casa. Yo estaba en la cocina, empanizando unos bistecs. Mandé a la sirvienta a la bodega, porque no me alcanzaba el polvo de galleta. Alberto, su esposa y Orlando, estaban en el comedor. Había también una amiguita de mi hija que llegó en busca de un cuaderno y se entretenía ahora con los regalos de Reyes de Elenita.

"Tocaron a la puerta. Fue un



Oyéndola hablar, uno se pregunta cómo es posible que ese cuerpo menudo y aparentemente débil haya podido soportar todos los maltratos, todas las torturas a que la sometieron Carratalá y sus secuaces, Pantoja y los suyos, Irenaldo García Báez y sus matones. Pero fue así, Angela emergió entera de todas las torturas físicas y mentales. Y después se fue a la Sierra a coronar su labor, enseñando a los guajiros como vivir mejor.

toque mesurado, casi familiar. Y pensando que era la criada, Angela gritó desde la cocina:

"—Abre tú, Elenita.

"Y cuando la niña franqueó la entrada, no fue la criada la que hizo irrupción. En lugar de la doméstica, se precipitaron en la sala-comedor numerosos esbirros del régimen, portando ametralladoras, pistolas, toda clase de armas de fuego.

"—¡Date preso Nodarse! —fue el grito unánime de los matones de uniforme."

#### La inmolación

"Sorprendidos, no hicieron el menor movimiento por defenderse. Los empujaron, los golpearon y los obligaron a sentarse en las sillas del comedor, frente a la mesa en la que se encontraban los alimentos que nadie tocaría ya. En la cocina, los bistecs se achicharraban en la sartén abandonada. Orlando y Angela quedaron juntos; del otro lado Navarrete y su esposa.

Comenzó el registro y hallaron unos cartuchos de escopeta, un poco de dinamita, unas armas cortas; todo cuidadosamente escondido en los libros del estante que formaba parte del mobiliario de la sala.

"Ya, antes de que lo registraran, Nodarse tranquilamente sacó su pistola y la tiró sobre la mesa para que sus captores viesen que se quedaba indefenso, desarmado.

"—¡Así renunció el a defenderse, a jugarse la vida! —expresa Angela.

"Lo hizo por nosotros, por evitar que todos pereciéramos en la balacera que se hubiese originado.

"Fue entonces que uno de los esbirros, poniéndole la mano sobre el hombro le dijo:

"—Ya tú sabes lo que te espera.

"El no contestó; no tenía que contestar. Sabía lo que esas palabras significaban, sabía que eran equivalentes a una sentencia de muerte. Pero la miró a ella, a Lila, a la mujer que amaba y le dijo en un susurro:

"—¿Tú crees?

Ella que era una veterana de tantas actividades revolucionarias tembló entonces. Tembló porque no podía dejar de ser mujer, porque además estaba enamorada y sabía que aquellas palabras del policía significaban la muerte del hombre que amaba.

Allí, bien cerca, sobre una silla estaba el jacket de Orlando. En él, en uno de los bolsillos estaban las pastillas que constituían la liberación, la evasión a las torturas, a la muerte lenta y dolorosa.

Nodarse había tomado una determinación... Sabía lo que tenía que hacer. Y dijo a Angela:

—Me duele la cabeza, Lila alcánzame las pastillas.

"Yo, dice ella ahora, traté de impedirlo, de convencerlo que aún no era llegado el momento y le dije:

—No mi vida, espera un poquito.

"Pero él, continúa, volvió a insistir:

—Dame las pastillas. Es una orden. No me falles...

Y lo dijo con un tono tan mesurado, sereno. Nadie podía darse cuenta de que aquel hombre, así en voz baja, tan tranquila, estaba disponiendo de su existencia.

—Eran —dice Angela— miopes a tanta grandeza. Aquella acción estaba muy por encima de ellos.

Hace otra pausa, mira hacia adelante como si ante ella, en el salón vacío, se irguiesen —como fantasmas— los seres que participaron en aquella pesadilla que ahora, el deber periodístico nos obliga a hacerle recordar. Pero Angela Alonso González no es una mujer

(Continúa en la Pág. 118)



Terminada la entrevista ella —mujer por encima de todo— pide a Altuna que la deje mirarse al espejo antes de sacar nuevas fotos. Pero el fotógrafo aprovecha el instante en que ella se mira al espejo y hace funcionar la cámara. No fue, pues, una foto preparada. Con ella se demuestra que, en medio de las luchas y de la dura vida de campaña Angela siguió siendo, por encima de todo, una verdadera mujer.